

ceis á otra divinidad, y no me encuentro honrado de ese modo.

No economizaron los alejandrinos burlas á aquellos embajadores que no comían carne de cerdo, se obstenían de sus extravagancias religiosas ó nacionales; aspiraron á irritar al emperador en contra suya, y reflexionó al cabo que con no reconocerle por dios, manifestaban menos perversidad que locura.

En medio de la decadencia universal del sentimiento religioso se complace uno al verle todavía tan vivo entre los hebreos y asociado al patriotismo para resistir á un hombre, de quien «no se podía esperar clemencia, puesto que pretendía ser dios.» En lo más recio de la opresión y del peligro decían los hebreos: *Ahora tenemos más motivos de esperanza que nunca, de tal manera que está enfurecido el emperador contra nosotros, que Dios no puede dejar de socorrernos.*

Y su esperanza no salió fallida. Un tribuno de las cohortes pretorianas, Casio Chereas, era á menudo blanco de las chanzas de Calígula. Hizo memoria de la antigua dignidad romana, y menos fatigado de las crueldades de Cayo que de las deshonestas burlas que le dirigía, se conjuró con otros pretorianos, que viendo continuamente su vida en peligro, si no cortaban el hilo de la de Calígula, le dieron muerte (24 de Junio de 44).

Cesonia, su mujer, permaneció con su hija junto al cadáver del marido, y cuando los asesinos se arrojaron sobre ella, les presentó su seno desnudo, excitándoles á que acabaran pronto. Murió con valor y al fin pudo respirar Roma.

Pero no: los soldados habían sido partícipes de las rapiñas de Calígula, los germanos mercenarios, especialmente la gente prostituta de ámbos sexos que disfrutaban de sus prodigalidades, la muchedumbre de los que por no poseer cosa alguna, no tenían que temer nada, los esclavos á quienes era lícito denunciar á sus señores y enriquecerse con sus despojos, se dolieron de la muerte de Cayo. Para vengarle se dedicaron á derribar cabezas y á llevarlas en triunfo, diciendo que era falsa la noticia de su muerte. Sin embargo, cuando no puede ya caberles duda de que el emperador no existe, de que nada hay que esperar por aquel lado, cambian de lenguaje y empiezan á prorumpir en

gritos de libertad. El Senado, que maldiciendo el nombre de Calígula, piensa en restablecer la república despues de sesenta años de paciencia, adopta también por contraseña la palabra libertad. ¿Pero podían los pretorianos aguardar de la libertad los halagos, las liberalidades, los honores, como de un emperador que tenía necesidad de sus brazos para que le defendieran contra las víctimas de su tiranía? Han menester, pues, un emperador, y sea el que quiera, les importa poco; y en el interin se ocupan en saquear el palacio. Al trabajar en aquella faena, descubren dos piés por debajo de una cortina que ocultaba un lugar secreto: la descorren y descubren á un hombre envuelto en carnes y de edad madura, que se arroja á sus plantas implorando misericordia.

Era Tiberio Claudio (41), hermano de Germanico, tío y juguete de Calígula, hombre de cerca de cincuenta años, medio imbecil, algo versado en las letras, y enemigo de ruidos. Proclámanle emperador lo pretorianos, y como le impidiera andar el susto, le cogen sobre sus hombros y le llevan á su campamento, mientras grita el pueblo: *¡No le mateis! ¡Dejad que los cónsules pronuncien su sentencia!*

Agrippa, rey de los judios, condenado á muerte por Tiberio, despues favorito de Calígula, se hallaba á la sazón en Roma, y como todos los hombres de su nacion, pasaba por muy avisado. Dió secretamente sepultura á su bienhechor, y luego se dirigió á Claudio, alentándole á que admitiera el empleo. En seguida demostró al Senado cuán escasos recursos había para oponer resistencia, y le sugirió la idea de insinuar á Claudio dulcemente que renunciara el imperio que le habían adjudicado los pretorianos, ó al ménos que lo recibiera del Senado. Se mezcla en persona á los diputados, si bien en secreto exhorta á Claudio á que persista y conteste con negativa. En efecto, éste protesta que obedece á la fuerza, que tiene horror al derramamiento de sangre, é invita á los diputados á que si quieren guerra civil, respeten los templos y las edificaciones, escogiendo fuera de la ciudad un campo de batalla.

Por un momento abrigaron los senadores la idea de armar á los esclavos; sin duda hubieran compuesto un ejército numeroso y temible. ¿Pero podía ser duradera una idea generosa en

aquellos patricios, diezmados por las proscripciones, empobrecidos por las confiscaciones, deshonorados por sus viles lisonjas? Al revés, el pueblo pedía en alta voz un emperador, y proclamaba á Claudio. Otro tanto hacían soldados, gladiadores y marinos. Vánamente recordaba Chereas la majestad del Senado, la imbecilidad de Claudio, las ventajas del gobierno republicano; á escepcion de aquellos que hubieran reinado en nombre de la libertad, nadie quería ser libre.

Claudio fué, pues, reconocido y proclamó un general indulto; sólo Chereas fué inmolado á los manes de Calígula. En el momento de sufrir el suplicio, le pareció que no era demasiado cortante la cuchilla del verdugo, y pidió ser decapitado con la espada de que había hecho uso para dar muerte al tirano; luego murió con la serenidad de un republicano. Admiróle el pueblo, le pidió perdón de su ingratitude y le hizo libaciones; luego se dedicó á hacer la corte á Claudio y á adorarle.

Había sido el nuevo emperador juguete de la familia Julia; y á fuerza de tratarle de imbecil le había hecho que lo fuese, ó persuadido á lo ménos de que lo era realmente. No había tenido para su persona ninguno de los honores ni de los sacerdocios que condecoraban á todos los miembros de la familia imperial; se le había dado por maestro un palafrenero. Nunca le había dirigido la palabra su abuela Livia; habíase contentado con escribirle billetes secos y bruscos ó llenos de severas amonestaciones. Su madre tenía costumbre de decir para tratar á uno de tonto: *Es bestia como mi hijo Claudio.* Augusto le llamaba *ese pobre hombre*, y afectuoso como era con sus nietos, escribía: *Conviene adoptar respecto de él un partido: si su espíritu es sano tratarle como hermano; si es imbecil, cuidar que no se rían de él ni de nosotros. Puede presidir en el banquete de los pontífices teniendo á su lado á su primo Silano para impedirle que diga sandeces. En el circo no debe sentarse sobre el pulvinar donde llamaría la atención demasiado. Le convidare á comer todos los días; pero que no se muestre tan distraído; que escoja un amigo á quien imitar en sus modales, en su modo de andar, en sus vestidos.*

Divertíanse á su costa los demás individuos de la familia por hallarse animados de senti-

mientos ménos afectuosos; si llegaba el último á la hora de la cena, tenía que correr por largo tiempo en derredor del *triclinium*, para encontrar puesto; si se dormía despues de haber comido, le tiraban huesos de dátiles ó de aceitunas, le ponían sus zapatos en las manos, recreábales su ademán atontado y su despecho cuando despertaba. No por eso dejaba de arrullarle en sus brazos la fortuna.

Sin embargo, Claudio no era ignorante, y hasta se aplicaba al estudio, y oyéndole Augusto declamar algo de su cosecha, se maravilló de que tan bien escribiera quien tan mal hablaba. Pronunció una arenga en público, y hubiera producido efecto á no ser por un hombre obeso, que, enredándose en medio de las sillas, y metiendo de consiguiente mucho ruido, excitó una general carcajada; de modo que hubiera perjudicado hasta la elocuencia del mismo Ciceron. Por consejo de Tito Livio había empezado á escribir la historia de las guerras civiles; pero le apartaron de este designio su madre y su abuelo. Amaba á los clásicos, y defendió á Ciceron contra Asinio Galo. Estudió la lengua griega y quiso introducir en el alfabeto romano tres nuevas letras, cuyo uso no le sobrevivió. Versado en el conocimiento de la historia de las antiguas poblaciones de Italia, mucho más que el mismo Tito Livio, escribió la de los etruscos, y la conservacion de su libro hubiera ahorrado á nuestros contemporáneos suposiciones atrevidas ó temerarias. En suma, Claudio hubiera podido pasar á la posteridad como hombre de bien y como erudito; pero lejos de valerle su erudición respeto alguno, no dejaban en su rededor mas que mujeres, bufones, libertos, la hez de palacio, y eso (¡enorme yerro!), porque no era rico. Augusto no dejó á Claudio mas que 800.000 sextercios. Tiberio, á quien pidió honores, le hizo un regalo de cuarenta monedas de oro (775 francos) para comprar bagatelas en la fiesta de las Saturnales. Cuando Calígula ascendió al trono, Claudio compró de miedo la dignidad de sacerdote del dios, su sobrino, al precio de 8.000.000 de sextercios, 1.591,382 francos), y como no pudo pagar fueron vendidos sus bienes en pública almoneda.

Empujado al trono por la fortuna y por aquella Roma, que acostumbrada á satisfacer

su voluntad sin demora, queria tener entonces un jefe, Claudio se portó al principio modestamente respecto de los senadores. No quiso ser adorado, abolió el tormento de las personas libres por crímenes de estado, prohibió á los druidas los sacrificios humanos; mejoró la condicion de los esclavos, declarando libres á aquellos á quienes abandonaban sus amos por enfermedad en la isla de Esculapio; como los amos adoptaran entonces el partido de matarlos, Claudio los mandó perseguir como delinquentes de homicidio.

Pero los romanos, para quienes era un holgazan el hombre apacible, y un sér débil el que no era sanguinario, le miraron muy en breve con desprecio. Un acusado osó decirle: *Todo el mundo sabe que no eres más que un viejo loco.* Porque oía en contra suya á testigos indignos de fé, le tiró otro sus tablillas y su pequeño estoque. ¿Qué partido le quedaba al pobre hombre más que ponerse en manos de los que pudieran dispensarle de querer y de pensar por sí mismo? Así lo ejecutó, y por débil cometió tantos crímenes como por atroz Tiberio.

Jugnete de los demas hasta los cincuenta años, lo fué en mayor grado despues de encumbrarse al imperio, con la única diferencia de que antes no caian las burlas más que sobre él solo, y de que ahora se servían de su sello, de su firma, para tener poderío, oro y cabezas. El señor del mundo tenía por soberanos á Palas, á Narciso, á Félix, á Polibio, á Harpócrato, á Posideo, bailarines, y además á Mesalina, su esposa. A ellos se dirigian los particulares, las ciudades, los reyes, todo el que solicitaba audiencia, habiendo ordenado Claudio que les obedecieran como á él mismo. Si le acontecia á veces obrar por su propio impulso, echaban abajo lo que habia hecho. Fingian sueños para obligarle á condenar á muerte á quien les acomodaba. Cambiaban, alteraban ó suprimian los nombres puestos en sus disposiciones, divirtiéndose en hacerle obrar en sentido inverso de su texto. Un centurion llega á decirle que ha dado muerte á un senador en cumplimiento de su mandato. *Yo no he ordenado eso,* dice. *¿Qué importa,* replican los libertos, *han cumplido con su deber los soldados no esperando orden para vengar al emperador.* César dice entonces: *lo hecho, hecho,* y pasa á ocuparse de otra cosa.

Un liberto se presenta á suplicarle que permita á Asiático, á quien no habia condenado, su género de muerte. A veces envia en busca de convidados que le parece tardan mucho, y se le contesta que se les ha dado muerte de madrugada. Cierto dia iba, segun su costumbre, al campo de Marte, y ve que preparan una hoguera para quemar á un ciudadano, á quien tampoco ha condenado; pero esta vez ejerce su autoridad mandando apartar el monton de leña para que las llamas no echen á perder el ramaje.

Siempre los delitos de lesa majestad eran la acusacion ordinaria, y todo el que rehusaba derramar oro en las manos de Palas, ó secundar el libertinaje de Mesalina, era denunciado como conspirador y condenado al punto á muerte. De este modo perecieron treinta y cinco senadores y más de trescientos caballeros. Vino á ser el oficio de denunciador de los más lucrativos, y los abogados acusaban ó defendian en proporcion de lo que les valia más ganancias. Un ciudadano paga á Sullio 300.000 sextercios (795.000 francos) para que le gane una causa, y viendo que le vende, se dirige á la morada del infame, donde se suicida. Algunas personas rígidas querian que los abogados fueran como antes gente honrada, que no se aprovecharan de las discordias como los médicos de las epidemias; pero se dirigieron al emperador y le preguntaron de qué vivirían en ese caso los senadores poco acomodados. En su consecuencia se limitó á fijar en 2.000 francos sus honorarios.

Eran los juicios uno de los recreos de Claudio; nunca dejaba de tomar asiento en ellos, y pronunciaba sentencias muy sensatas unas veces y absurdísimas otras; á menudo las formulaba citando versos de Homero, que formaba su delicia. Generalmente daba la razon á los que se hallaban presentes y al último que hablaba. En un negocio de falsedad dijo uno de los asistentes que el acusado merecia la muerte, y el emperador envió inmediatamente en busca del verdugo. En otro asunto en que una mujer rehusaba reconocer á su hijo, la obligó el emperador á reconocer su maternidad y á casarse con el mancebo, advirtiéndole que habia razones en pró y en contra de la supuesta ó verdadera madre. Con mucha frecuencia se

dormia al són de los alegatos, y decia al despertarse: *Al que tuviere razon doy por ganada la causa.*

Allí tambien se reian á su costa; ora se le recordaba que se habia levantado la audiencia, ora la prolongaban sujetándole por el manto. Un litigante le deja solicitar por largo tiempo un testigo antes de decirle que ha muerto. Ya le presentan como pobre á un ciudadano inmensamente rico, ya se le denuncia como célibe á un padre de familia cargado de hijos, ó bien por haberse herido, queriéndose suicidar, á un hombre que ni siquiera tiene un arañazo.

Esta manía de juzgar, unida á la de ostentar erudicion, le inclina á declarar en vigor las antiguas leyes, los ritos oficiales, los decretos sobre el celibato. Para dar muestras de ciencia anuncia en pleno Senado el dia y la hora de un eclipse. Como ha leído que los primeros romanos fueron una mezcla de todas las naciones, quiere que los galos sean admitidos en el Senado.

Tambien anhela que se restablezca la censura, cual si fuera posible escudriñar la vida privada de seiscientos senadores, de diez mil caballeros por lo ménos, y de siete millones de ciudadanos. Luego prodiga los decretos hasta el punto de hacer veinte en un dia, y esto sobre los objetos más minuciosos. Hay uno para que estén bien untados de pez los toneles; otro para que cuando muerda una vívora, se emplee una planta denominada verbasco. Lee en el Senado un edicto encaminado á poner freno á la disolucion de las mujeres que se entregan á esclavos, y un aplauso unánime acoge semejante medida. Entónces el sencillo César, dice: *Me la ha sugerido Palas;* Palas su liberto y su maestro. De consiguiente á Palas decreta su admiracion el Senado con acciones de gracias y 15.000.000 de sextercios. Pero éste, rehusando la suma votada, se contenta con su pobreza, y el Senado publica un edicto á fin de inmortalizar el desinterés de un liberto que posee 300.000.000 de sextercios (59.000.000 de francos). Por su parte Narciso habia acumulado más riquezas que Cresos y los reyes de Pérsia; por eso dijeron á Claudio un dia que se lamentaba de tener poco dinero: *Entra á la parte con tus libertos y tendrás mucho.*

Otra de sus pasiones fué el juego, y la llevaba hasta el punto de poseer mesas para jugar

viajando sin que se desarreglaran las piezas. Como buen romano, le gustaba tambien la sangre; necesitaba suplicios semejantes á los que habia leído en la historia, pasaba dias enteros viendo luchas de gladiadores, y si se carecia de ellos, obligaba al primero que le venia á cuento á pelear en el circo.

Si en medio de los alegatos ó de las representaciones escénicas, ó de las arengas oficiales, hiere su olfato el vapor de las viandas que cuecen los sacerdotes, nada le contiene, corre y devora. Se hace servir enormes platos en inmensos salones, donde reúne hasta seiscientos convidados; se atasca de alimentos, se esfuerza por vomitar lo que ha comido, y vuelve á comer de nuevo. Se propone hacer un decreto para que la salud no peligre con la observancia de lo conveniente.

Debiéronsele á pesar de todo, notables construcciones: mandó hacer el puerto que se halla en frente de Ostia con un faro semejante al de Alejandria, y terminar el acueducto comenzado por Calígula, que se elevaba á través de mil obstáculos hasta el nivel de las colinas, y deramaba en Roma abundantísimas aguas. Esta obra, una de las más útiles y maravillosas que ejecutáran los emperadores, costó 55.000.000 millones de sextercios (10.813.376 francos), y fueron empleadas en su conservacion, cuatrocientas sesenta personas. Estableció colonias en la Capadocia, en la Fenicia y junto al Eufrates; recibió embajadores de la Trapobana. Abrió en Africa un camino más ancho entre la provincia y la Mauritania, y mandó construir otro para facilitar las comunicaciones con Inglaterra. Entónces hubo quienes empezaron á llevar desde el continente á esta isla, vinos, aceites, marfil, perfumes, mármoles, manufacturas, y de allí se sacaron maderas, perlas, piedras finas, trigo, pieles, bueyes, metales y con especialidad estaño. Despues de haber trabajado treinta mil obreros durante once años para hacer que el lago Fucino desaguará en el Liris, quiso Claudio inaugurar esta operacion con un combate naval de diez y nueve mil sentenciados. Al pasar por delante de él, exclaman estos infelices segun costumbre: *César, los que van á morir te saludan;* y el emperador les contesta urbanamente: *Pasadlo bien.* Persuadidos al oír estas palabras que el príncipe les indulta, no quieren em-

peñarse en el combate; pero este grita, gestícula, se agita, amenaza, y se conduce de tal modo, que les decide á matarse recíprocamente.

Abandonándose entretanto Mesalina á la prostitucion más descarada sin hartarse nunca, se entregaba en los lupanares á innobles excesos. Hasta la acontece ordenar á sus amantes por decreto del emperador, que la den gusto. Va á buscar con gran séquito las impúdicas caricias de un tal Silio; y sonriendo su imaginacion desbordada con la idea de lograr un segundo marido, celebra con este jóven solemnes nupcias; allí lo hay todo, testigos, dote, auspicios, sacrificios, y el tálamo nupcial está preparado á la vista del público. Ha firmado el mismo Claudio el contrato de matrimonio con el pensamiento de que es un talisman destinado á desvanecer ciertos sortilegios de los caldeos. Pero cuando le instruyen de la verdad sus libertos y cortesanas, cae en abatimiento y pregunta si es todavía emperador ó le ha sucedido el jóven Silio. Despues se encoleriza y se deja persuadir á fin de conjurar el peligro cuando se le presentan como inminente, para ceder por un dia el mando á Narciso. Este le conduce á Roma, donde los soldados piden venganza, no porque se cuiden de la honra del emperador, sino por sacar de allí provecho. Entonces se multiplican los suplicios y hasta Mesalina es condenada á muerte.

Luego que supo Claudio que ya no vivía, ni aún siquiera se informó de cómo había muerto; y algunos dias despues y en el momento de sentarse á la mesa, preguntaba: *¿Como es que no viene Mesalina?*

A la sazón resolvió casarse con su sobrina Agripina, y como á los ojos de la ley era incestuoso aquel enlace, no sólo declararon el Senado y el pueblo que era lícito al emperador, sino que se le impusieron por mandato. Agripina, hermana y amante de Calígula, y por la misma razon querida del pueblo, juntaba á las costumbres impúdicas y á la crueldad de Mesalina una voluntad de hierro; así se la vió mostrarse emperatriz muy en breve. Tomaba asiento al lado de César en las públicas ceremonias, recibía en su compañía á los reyes y á los embajadores y administraba justicia. Fueron para ella nuevos motivos de suplicios los encantamientos, los oráculos, los sortilegios, los celos.

Su principal objeto consistía en hacer que sustituyera su propio hijo Lucio Domicio Neron á Británico, hijo de Claudio, de consiguiente comenzó por desterrar á los amigos y parciales de este mancebo, dándole espías por maestros y camaradas; luego hizo cuanto pudo por rebajarle, haciendo brillar á Neron á sus expensas. Por último, aprovechó un momento de debilidad para inducir á Claudio á nombrarle sucesor suyo. Temiendo posteriormente que mudase de consejo, le sirvió setas envenenadas y el médico remató la obra (14 de Octubre de 54). De este modo le envió á los dioses, entre cuyo número le adoró Roma.

Habia reunido al reino del judío Agripa la Judea y la Samaria, y restablecido á Mitridates en el trono de Iberia. Concedió á otro Mitridates, descendiente del rey de Ponto, el Bósforo Cimeriano y restituyó á Antiocho la Comagena. Quedó sometida la Mauritania en el curso de su reinado y dividida en dos provincias, la Cesariana y la Tingitania; la Bretaña, ó mejor dicho, una pequeña parte de este país, fué desarmada y reducida á provincia.

CAPITULO III.

Jesucristo.

Desde el instante en que Neron prendió fuego á Roma á fin de proporcionarse el espectáculo de una ciudad incendiada, no hubo ya sacrificios para los dioses, ni órdenes para los magistrados, ni profusion de dinero, ni promesas de reconstruccion más magníficas, que pudieran libertarle del resentimiento del pueblo, persuadido de que el emperador era el incendiario. Aterrorizado por aquel sordo estremecimiento, que le infundía más miedo que todas las representaciones del Senado, imaginó dar una satisfacción bárbara á la muchedumbre, designándola como autores del incendio á una secta nueva de filósofos llamados cristianos por un Cristo condenado á muerte en tiempo de Tiberio, secta que desaprobaba la repugnante corrupcion del siglo y sus innobles vilezas, y que, no viendo en los romanos una raza de naturaleza superior á las de las demas naciones, ni tampoco el derecho en virtud del cual oprimía á todas, se hacia odiosa á aquellos tiranos del mundo.

Sobre estos hombres descargó la venganza de los romanos, á quienes el odio enseñó á conocer una religion llamada á reunir por el amor á todos los pueblos. Persiguiéronles con encono, haciéndoles padecer los más atroces suplicios, y uniendo á la crueldad el insulto, á imitacion de su soberano, respecto de los patricios. Estos, envueltos en pieles de animales, eran abandonados á los perros; aquellos á las fieras en medio del circo; á otros se les quemaba vivos, y en los jardines voluptuosos de Neron servían de antorchas sus incenciados-cuerpos; cabalmente sobre la colina del Vaticano, donde la religion, naciente entonces, debía enarbolar despues su victorioso estandarte.

Aquellos tiempos anunciados por los profetas, figurados por acontecimientos y símbolos en la nacion por Dios escogida, habían al fin llegado. En todo el Oriente cundía el rumor de que un hombre destinado al imperio universal, apareceria en Judea. Habíanse cumplido las setenta semanas enumeradas por Daniel tantos siglos antes; se había arrancado á la raza de Judá el cetro, y aguardaban los hebreos al Salvador prometido. En su celo por su nacionalidad ultrajada, imaginaban verle llegar como conquistador para quebrantar las cadenas de su pueblo, y hacer resplandecer sobre él nuevamente la gloria de David y de Salomon.

Pero los profetas habían aludido á otras cadenas, á otras conquistas, á otra gloria, cosas todas que eran incapaces de comprender espíritus preocupados de ideas materiales. Sólo una iluminacion suprema podía hacerle descubrir el regeneramiento, no de una sola nacion, sino de la humanidad toda, rescatada, no de una servidumbre temporal, sino de la esclavitud original que, suscitando un conflicto entre la razon, la inteligencia y la voluntad, había excluido al hombre de la mansion á que deben propender todos sus esfuerzos.

Luego que Augusto hubo pacificado, ó mas bien calmado el mundo á la sazón conocido, reuniéndolo en un vasto conjunto, quiso saber cuánta poblacion obedecía sus leyes, y mandó que se hiciera un general empadronamiento. María, doncella judía, de la raza de David, si bien pobre, casada con Josef, artesano de Galilea, se encaminó, para que fuera inscrito su nombre, á Belem, poblacion situada en las mon-

tañas de Galilea, de donde eran oriundos sus padres: allí dió á luz en un establo á la segunda persona de la Trinidad divina, Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo. Sencillos pastores, que por la suave temperatura de Diciembre apacentaban sus rebaños en las laderas de los montes, acudieron, á invitacion de un ángel, á adorar los primeros al Salvador del mundo. Al mismo tiempo lo anunciaba una estrella á los magos de Persia, ó mas bien de la Arabia, que también fueron los primeros entre los gentiles que corrieron desde Oriente á rendirle homenaje. Herodes, á quien preguntaron el lugar donde había nacido el nuevo rey de Judea, concibió recelos, y á fin de exterminar á aquel de quien le habían hablado, mandó degollar á todos los niños de ménos de dos años. Por aviso de un ángel fué llevado Jesús á Egipto: luego que Arquelao ascendió al trono, tornó á Galilea y vivió en Nazareth, en una oscuridad laboriosa. A veces se dirigía al templo, donde se celebraban las asambleas (*endgah*) hebdomedarias ó mensuales, en que comunmente discutían las gentes del pueblo, y los sabios (*nabim*) predicaban sobre la doctrina. A la edad de doce años asistía á todos el derecho de exponer sus opiniones ó sus dudas: había, no obstante, algunos libros, como los primeros capítulos del Génesis y de Ezequiel, cuyo examen no era lícito sino á una edad más madura, y sólo á los treinta años se consideraba que había llegado el hombre á la plenitud de su fuerza y de su inteligencia.

A esta edad empieza Cristo su mision, presentándose á Juan, que retirado desde su infancia á Beth-habarat á orillas del Jordan, bautizaba en el agua, anunciando al que bautizaría en el espíritu (25). Decía haber sido enviado para prepararle el camino con una doctrina moral en un todo, que juntando á la pureza de los esenios el fervor de los fariseos, purificaba y elevaba las almas. Despues de haber sido por él bautizado, Cristo se retira al desierto á fin de servir de ejemplo á los hombres venideros, para que, á beneficio de la soledad y de la meditacion se fortifiquen contra las dificultades de su tarea. Luego empieza á predicar, y arrastra en pos de sí algunos pescadores, y á otros hombres de condicion humilde, destinados más tarde á divulgar la palabra. Dice: